

LA LOCURA DE LA EMPERATRIZ CARLOTA

Estando en Bélgica cuando murió la Emperatriz Carlota, el director del Archivo del Ministerio de la Guerra me introdujo con la señorita Ana Gheud, la única dama sobreviviente en aquella fecha, de la Emperatriz.

Queriendo tomar las últimas impresiones acerca de la infortunada loca, mi señora y yo acudimos a ella para que nos proporcionara los interesantes datos que aquí publico.

Mi esposa y yo, con muda emoción, nos acercamos a la puerta vetusta; llamé con los nudillos y seguramente nadie escuchó el ruido porque nadie acudió al llamado medroso. Apercibí entonces la vieja campanilla y la hice repicar. De seguida unos pasos arrastrados acercáronse hasta el umbral; abrióse el portalón y una dama tocada con sombrero antiguo “toda de negro hasta los pies vestida,” nos preguntó pausadamente:

—¿Desean ustedes?

—¿La señorita Ana Gheud?

—Yo soy...

Era ella, la que fuera Dama de Honor de la Emperatriz Carlota.

—Nosotros quisiéramos...

—Pasen ustedes; pase señora; por aquí señor.

Instalados ya en la sala íntima y severa, ante los ojos asombrados e indagadores de la distinguida anciana, la di nuestro nombre y agregué:

—El señor Wilmet, amigo de usted, es el culpable principal de esta visita quizá inoportuna. Esta mañana, siguiendo el curso de ciertas investigaciones históricas que estoy haciendo en los archivos del Museo del Ejército, el señor subdirector Wilmet me

dio la interesante noticia de que usted, señorita, había sido Dama de Honor de la Emperatriz Carlota, y que no dudaba, conociendo su amabilidad, estuviera usted bien dispuesta a proporcionarme algunos datos sobre la vida y muerte de la malaventurada princesa.

—En efecto, señor, no tengo inconveniente.

Para que nos abriera bien las puertas de su confianza, le di a conocer mis trabajos emprendidos para esclarecer ciertos pasajes referentes al imperio de Maximiliano, valiéndome de los documentos muy importantes y no explotados todavía, de los archivos de Bélgica; y respecto de aquella pobre Majestad, escribir las postreras y todavía recientes impresiones de los fieles acompañantes de la ilustre enajenada.

—Yo estuve al servicio de Su Majestad quince años consecutivos, y, a últimas fechas, era la *Dama de Honor* que más asiduamente la acompañara. Pero no fui la más antigua en el castillo de Bouchout: la difunta Mademoiselle Muser estuvo al lado de la augusta enferma 50 años y un leal servidor que fue a México, llamado De Grene, acompañó a la soberana desde Miramar y duró con ella 55 años.

—¿Qué personal componía el servicio de la Emperatriz?

—Un servicio correspondiente a su alta jerarquía: desde luego el barón Goffmet, intendente del castillo y un comandante de la residencia imperial, cinco damas de honor, un *maître d'Hotel* con su segundo; camareros y camareras; jefe de cocina con sus cocineros, galopinas y mozos; jardinero en jefe con sus ayudantes; caballerizo mayor con sus caballerangos y cocheros; porteros y guardianes, un mecánico y otros artesanos... Además la augusta enferma era atendida constantemente por dos médicos: el doctor Demeor y el doctor Verhaeghe, este último habitante del castillo.

—Y tal servicio nutrido y costoso ¿lo pagaba el Estado o el Rey de Bélgica?

—Ni el Estado ni el Rey. Todos esos fuertes gastos y muchos más que se hubieran hecho por su Majestad, se pagaban de sus propias rentas. La Emperatriz Carlota era de suyo muy rica. No conozco exactamente el monto de su fortuna, pero subía de quince a dieciséis millones de francos: capital heredado de sus padres, los reyes de Bélgica Leopoldo I y la reina Luisa María.

—¿Es decir, señorita Gheud, que a la noble viuda se la concedía un protocolo regio?

—Así era. Su hermano, el difunto Leopoldo II y su sobrino el actual Rey Alberto, quisieron mantenerla, no en su carácter efectivo de princesa real sino en el de Emperatriz. Oficialmente, la Corte y el Gobierno belga, así la consideraban. Sus majestades Alberto y Elizabeth, y sus Altezas, el Duque de Brabante y el Conde de Flandes, la rendían homenajes imperiales y fueron siempre con ella solícitos y amorosos. Periódicamente visitaban a su augusta tía en su triste mansión.

—¿Era triste el castillo de Bouchout?

—¿No lo conocen ustedes?

—Sí, exteriormente; y sé que es un vetusto castillo del siglo XI, en el cual limitó la rica demente el menudo universo de su propia vida longeva, durante 47 años...

En efecto, expofeso habíamos hecho viaje para conocer la histórica residencia, la cual es un castillo magnificante, almenado, enhiesto y extenso, ceñido por claros estanques, que, con los jardines y praderías fronteros presentan un conjunto señorial de severa belleza. El palacio añoso impresiona hondamente dando una sensación de friura y taciturnidad de imaginarse dentro de él a la desdichada loca, encorvada a fuerza de lustros y pesadumbres, maldiciendo a intervalos a Napoleón y al Papa, pensando en los ejércitos de auxilio que no llegaban mientras “las tropas republicanas seguían avanzando, avanzando”, como cuentan que decía. Desde lejos al contemplar los ennegrecidos minaretes y torreones arcaicos, imaginamos ver los vastos salones sombríos que ampararon aldantaño espléndida inteligencia y graciosa hermosura de la que fuera por su mal y nuestro daño Emperatriz de México y transportarnos el corazón y la memoria sobre los muros helados del castillo solitario que escuchara las frases de amor pronunciadas por la enajenada, recordando al príncipe rubio que la llevó al altar, al trono y a la demencia: “Tan bueno mi Max...” “Si estuviera aquí mi duque”.

* * *

—Perdone usted, Mademoiselle Gheud, ¿la augusta enferma se creía Emperatriz?

—Ah, sí; y como nosotros, sus servidores todos, la dábamos protocolariamente el tratamiento de Majestad, ella se sentía y se sabía soberana.

—¿Se creía tal vez en su imperio?

—No, eso no; ella se daba muy bien cuenta de su situación de reina destronada, y aun de su locura. Una vez la oí decir: “Tuve un esposo emperador y rey; un gran matrimonio, y después, la locura; la locura producida por los acontecimientos”. Y en otra ocasión exclamó: “No haga usted caso si decimos tonterías; es que somos viejos, somos tontos, somos locos... La loca vive todavía, señor, está usted en casa de una loca...”

—Pero aparte de esos momentos excepcionales: ¿se creía soberana ante sí misma y ante los demás?

—Ah, sí, casi siempre, salvo naturalmente de los momentos de postración, que, al final se hicieron frecuentes. Pero sobre todo, en los ratos de crisis, cuando algún fugaz recuerdo o una causa física la tornaba malhumorada o colérica entonces, era autoritaria e imponente; no admitía la menor indicación y su gesto era de soberana. Entonces, créanse ustedes, cuando se sentía emperatriz, era magnífica: erguía la noble cabeza blanca sobreponiendo su carácter a su precaria salud; se transformaba de viejecita en mujer arrogante y ordenaba y reprendía con una altivez y una dignidad positivamente “majestuosas”.

Mademoiselle Gheud, la abnegada y cariñosa compañera de la ilustre demente, accediendo a nuestra súplica, nos relató las costumbres de Su Majestad:

—Levantábase a prima mañana, acicalándose con bastante cuidado, aunque no a la última moda, que desdeñaba, sino a la vieja usanza de sus años buenos y pretéritos; paseaba en su coche de caballos por las soberbias avenidas del castillo de Bouchout, siempre a la vera de una de nosotras; ya adentrada en sus departamentos privados, bordaba, escuchaba lecturas, asistía a misa los domingos y hacía música o se acomodaba en su mullido sillón preferido, para dejar pasar las horas muertas, a las veces, terriblemente callada, y, en ocasiones haciendo soliloquios entrecortados, de los cuales podíamos percibir frases sueltas y nombres de personas como los de Bazaine, Napoleón, Maximiliano... A su amado consorte, singularmente lo mencionaba con frecuencia, llamándolo siempre “su Max”.

—¿Usted cree que la emperatriz sabía amar?

—No, propiamente amor no; la misma locura atrofió sus sentimientos.

—Así debe haber sido en efecto —corroboré a mi interlocutora—, porque el certificado médico que estableció su irresponsabilidad y su irremediable locura, acusaba la ausencia de sensibilidad afectiva. Su Majestad se apega a las personas que la rodean porque se ha acostumbrado a verlas, pero no por afección hacia ellas. En cambio, se dice que sus oídos sí los conservaba vivos. ¿Es verdad?

—Creo que sí; a Napoleón II, al Mariscal Bazaine, a la Emperatriz Eugenia, a Juárez y a su Santidad el Papa Pío IX, tal vez no los quería, pues pronunciaba sus nombres con ira o desdén, dessemblantándose y acompañando sus palabras con actos violentos, como romper las cosas que tenía a mano, dar vueltas precipitadas en sus habitaciones, pegarse ella misma en el cuerpo o mesarse los cabellos.

Y cosa curiosa, si pensaba en México, o en la Emperatriz Eugenia, que tanto influyera en sus trágicos destinos, hablaba en español; si recordaba a Napoleón III, su gran amigo, “el diablo que olía a azufre” y a quien “había visto los cuernos” —según escribió a Maximiliano—, se expresaba en francés; al soliloquear pensando en su esposo, indistintamente hablaba en francés o alemán; y cuando la preocupaba el Papa, expresaba sus enojos en latín.

La Emperatriz Carlota dominaba muchas lenguas; francés, alemán, inglés, español, latín, húngaro, flamenco, conocía también el griego, el portugués y qué se yo cuántas más.

Era cultísima, aun en medio de su locura daba pruebas de haber tenido nutridos conocimientos enciclopédicos. Además, usted debe saber que la Emperatriz, antes de serlo, había escrito un bello libro de viajes, titulado si mal no recuerdo: *De Miramar a Madeira*.

—Sí, el hecho lo cuenta el Barón Buffin en su obra *La Tragedia Mexicana*; comprobando además, que, en México, Carlota escribió un volumen de impresiones del cual mandara hacer una edición reducida de veinticinco ejemplares. Por cierto que, a juzgar por la corta transcripción que hace Buffin —Impresiones de un vivac en los Llanos de Salazar—, la escritora escribía con claridad y muy atractiva manera, siendo su estilo preciso y elegante.

—¿Y... leía la Emperatriz?

—Ella no, pero hacía que nosotras, sus Damas de Honor, la leyésemos sus obras preferidas, que eran los clásicos como Goethe,

Schiller, Shakespeare; o libros referentes a sus familiares, como la historia del Conde de Flandes, que ella misma pidiera para su biblioteca.

—¿Y dábase cuenta de las lecturas?

—Casi siempre. Figúrense ustedes, cierta vez, una de mis compañeras, se permitió saltar un capítulo, lo que notó Su Majestad, observándola oportunamente: “Usted no ha dado lectura a los sucesos del reino de Baudouin de Constantinopla, Lucía”.

—He leído que la Emperatriz gustaba de la música...

—Tocaba el piano a dos o cuatro manos, con alguna de sus Damas. Y lo hacía con frecuencia y gracia. Claro que a últimas fechas se sentaba al piano muy de cuando en vez para tocar trozos sencillos; pero antes no era así; antes decía en el piano bellas cosas de Beethoven, que le encantaba, de Mozart, de Bach...

—Y con ustedes sus leales servidores, ¿era amable, dulce?

—Dulce o tierna, no; era más bien correctísima, de una fineza aristocrática e imponente. A sus labios no afloraban las sonrisas sino más bien, los gestos de dominio y altivez porque Su Majestad, era altiva de suyo, pero eso sí, cuanto pedía lo pedía suplicando, y al ser obedecida, invariablemente otorgaba sus agradecimientos con afectuosa distinción.

* * *

—De México, ¿se acordaba la Emperatriz?

—Ya lo creo; ese nombre de México lo repitió muchas veces en su vida, y siempre con marcado interés. Usted puede decir, por que estoy convencida de ello, que la infortunada Emperatriz Carlota amó aquella tierra a la que sinceramente consideró como su patria. Alguna vez conmovió muy hondamente a sus oyentes, cuando sentándose al piano, inspirada de fijo por algún recuerdo grato, tocó el Himno Nacional de México, lanzando después un penetrante suspiro.

—¿Cuándo impresionaba más su lastimoso estado?

—Cuando recordaba al Emperador, de quien estuvo apasionada hasta su muerte. Cosas hacía nuestra infeliz enferma, que conmovieron al temperamento más duro. Usted sabe que en ins-

tantes de irritación, rompía los objetos que alcanzaba: libros, platos, cuadros. . . Pues bien, un espléndido retrato de su mártir esposo, retrato que colocado en un caballete, tenía a mano, siempre lo respetó, pasando cerca de él con atento cuidado y pronunciando el nombre del esposo. . .

Ah, señor, porque sus afectos podrían estar enterrados en las tinieblas de su cerebro, pero no el recuerdo de su amado Max, como ella lo llamaba. . .

Un día de su santo —fecha que jamás olvidaba—, los reyes de Bélgica, con sus altezas los príncipes, fueron de visita al castillo a presentarla sus respetos y regalarla; y ella, encantada en la contemplación de sus obsequios: “Y mi Max que no está aquí”.

Otra ocasión, al mirar la enajenada la efigie del Emperador, como dirigiéndose a oyentes íntimos, balbuceó: “Era tan bueno mi Max. Todo el mundo lo amaba tanto. . .”

Respetamos unos solemnes momentos el dolor visible de Mademoiselle Gheud, para hacerle nuestro ruego final; el que nos relatara los últimos momentos de la Emperatriz.

—Su majestad murió a los 87 años de su edad. La delgadez de su rostro y su blancura suave y mate la habían embellecido y afinado. Su muerte fue apacible y para mí, créanme ustedes, doblemente amarga por lo mucho que yo la amaba y por la impresión terrible de su postrera lucidez espiritual.

Su Majestad murió el 19 de febrero de este año; pues bien, la víspera, cuando ella y yo estábamos solas, me llamó y me dijo: “Ana, quiere usted hacerme el favor de cerrar la puerta, quiero ver por última vez a mi Duque”. La obedecí al instante descubriendo a sus ojos el retrato del Emperador Maximiliano, que la puerta, abierta, cubría. La moribunda lo contempló extasiada buenos minutos; me dio las gracias, cerró los ojos y quedó dormida. Después, nuevamente tornó a llamarme: “Ana, quiere usted hacerme el favor de volver a cerrar la puerta; quiero ver a mi Max, una vez todavía. . .”

Obedecía llorando. . . desde ese momento entró en agonía.

El día fatal, con el alma torturada me aventuré a pedir a la Emperatriz:

—¿Quiere Su Majestad, darme una mirada? Su Majestad no pudo abrir los párpados.

—Dígame Su Majestad una pequeña palabra —le dije suplicante. No pudo ya mover los labios; pero entonces, tuvo para mí un gesto de ternura, único, que nunca olvidaré: no pudiendo hablarme ni mirarme, levemente levantó su mano y me la dio a besar...

Después, dejó de ser.

(*Excelsior*, 11 de octubre de 1927).